

De caracterología barojiana: tipos y retratos (los navarros), opina don Pío

Juan Carlos Ara Torralba
Universidad de Zaragoza
Instituto de Patrimonio y Humanidades
ORCID: 0000-0001-9062-2935

Estrategias

Mucho se ha ponderado el arte de novelar de Pío Baroja, señaladamente las destrezas de enunciación (Díaz de Guereñu; Rivas 1998; Lasagabaster) o de composición (Ciplijauskaitė; Mainer 1999), bien de sus novelas (Mainer 2012), bien de sus escritos autobiográficos (Sánchez Ostiz 2021); en ellas el autor donostiarra mostró gran pericia en desarrollar tramas mediante una voz autorial que muy a menudo delegaba su función en las voces de diferentes personajes. Tras los usuales prólogos o notas, el autor Baroja «desaparecía de la escena» narradora (Sánchez Ostiz 2006) y el lector disfrutaba de la sucesión de peripecias y episodios mediante el artificio de narradores secundarios, salvo, por ejemplo, en la deliciosa y memorable *Paradox, rey* (1906), novela dialogada donde el autor introduce sus célebres «trozos líricos». Menos se ha reparado en las estrategias de construcción de tipos y personajes, donde Baroja volvió a demostrar sus admirables dotes de estratega.

Porque —y es el caso que nos ocupa en este ensayo— hay mucho de estrategia en la singular caracterología barojiana. Baroja hubo de escribir siempre desde lo que él mismo llamó «fondo sentimental», memorioso, lugar dominado siempre por un yo (la «egolatría» barojiana) obstinado en la mostración de unos juicios que en vida del autor, e incluso en los días que corren, se leyeron, se leen, en muchas ocasiones como «exabruptos» —«improperios», según denominaba don Pío a sus «opiniones radicales» (Baroja 1999a, 370)—. En realidad esa caracterología obedecía a un plan constructivo homólogo al de la fragua de historias y tramas: su objetivo último era lograr la empatía del lector de manera aparentemente natural. Nada hay inocente ni descuidado en las novelas de Baroja, que son productos muy elaborados, artísticos, a la busca de una parroquia fiel. Tal vez estas razones (la literatura memoriosa, la hegemonía del yo, la búsqueda de un fondo común de antipatías y simpatías en el lector...) expliquen el éxito de la literatura barojiana y la vigencia de que disfruta en pleno siglo XXI.

No es arbitraria, insisto, la construcción de etopeyas y prosopografías de los personajes barojianos. Si examinamos aquella con atención

observamos diferentes materiales y sustratos. Ávido lector desde su juventud, Pío Baroja aprendió cómo se retrataban tipos y caracteres en las novelas de Galdós, Dickens y Gogol, o en la vasta literatura folletinesca decimonónica. Se conservan en Itzea cuadernillos manuscritos donde al texto se adjuntan esbozos y dibujos de personajes —por ejemplo, de *Las inquietudes de Shanti Andía* (*Memoria de Pío Baroja* 204)—, que indican que Baroja seguía el modo de los cuadernos de campo con notas y dibujos: la documentación propia del oficio de realistas y naturalistas (Baroja siempre reconoció como maestro al fisiólogo francés Claude Bernard hasta en sus otoñales *Memorias. Desde la última vuelta del camino*). Pero sobre todo conocía el arte de la fisiognómica (Caro Baroja 1995; Fernández Cifuentes; Gernert), en el que creía firmemente, por el que los caracteres físicos (prosopográficos) siempre eran índice, síntoma, de los espirituales (etopéyicos). También hubo de conocer las teorías balmesianas de formación, muy moral, del carácter (Ara Torralba), por las que los tipos y caracteres, bien examinados, eran siempre portadores de una virtud o defecto universales.

Sobre este sustrato inicial pronto hubo de superponerse otro, bien moderno y científico a la altura de la última década del siglo XIX español: el de la antropología criminal, a menudo colonizado, mediatizado, por el laboratorio, también positivista, del estudio antropomórfico de «razas» y «especies» humanas. A pesar de que en las otoñales *Memorias. Desde la última vuelta del camino*, Baroja afectó despreciar, por obsoletas y delirantes, las teorías de los Lombroso, Ferri o Garófalo, tan leídos en España por los ambientes de la «Gente Nueva» (Maristany; Litvak), hacia 1899 asistía a las charlas y seminarios de antropología criminal de Rafael Salillas (transmutado en un insultante Pelayo Huesca en las citadas *Memorias*) y es evidente que la figuración de caracteres «lombrosianos» tiñó las viejas fisiognomías de coloración científica en las primeras novelas barojianas, señaladamente en las que terminarían conformando la trilogía *La lucha por la vida* (ese *struggle for life* tan spenceriano y, al cabo, darwinista) y en las *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901), donde nuestro autor imprimió su arte de caracterizar cuando la voz narradora transcribía los datos científicos que establecían el tipo antropológico del braquicéfalo “Sylvestris Paradoxus, del orden de los Primates” (Baroja 1998a, 613). Arraigó más en Baroja, como buen discípulo de Telesforo de Aranzadi (Caro Baroja 1961) que era, la afición por la craneología cuyas huellas pueden advertirse en numerosos caracteres barojianos; de hecho, es impronta imprescindible para comprender cabalmente tanto la novela *Humano enigma* como ciertos autorretratos del escritor vertidos en las *Memorias* y en algún artículo suelto, distanciado y humorístico, como tendré ocasión de señalar al final de este pequeño ensayo.

Nunca abandonó Baroja la lectura y escrutinio de la numerosa literatura de mediados y fines de siglo XIX y de principios del XX acerca de la división y caracterización de las razas humanas, no solo en especies y subespecies, sino en razas «superiores» e «inferiores». Son numerosos los autores leídos y comentados, desde Chamberlain y Gobineau — señaladamente su monografía, de 1857, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*— hasta Spengler, desde Vacher de Lapouge —el defensor de la inferioridad racial de los braquicéfalos— a Frobenius, a quien trató personalmente Baroja según confiesa en el capítulo «Algunos hombres de ciencia», de *Galería de tipos de la época* (Baroja 1997c, 277-280). Queda un último sustrato que debe mencionarse y sin el que no se entiende la fundación de ese idilio o fantasía ideal bautizado como República del Bidasoa: el descubrimiento de la moderna antropología fundada por Frazer y su *Rama dorada* —o *El ciclo del ramo de oro*, tal como lo traduce Baroja en *Vasconiana*, tercer capítulo de *Bagatelas de otoño* (Baroja 1997e, 951)— mediado el segundo lustro de la década de los años diez del siglo XX.

Conocidos los diferentes materiales para la construcción de los tipos y personajes barojianos, desde la craneología a los dibujos en cuadernillos de campo, desde el laboratorio de la antropología positivista y la fisiognómica hasta los textos fundacionales de la moderna etnografía, resta señalar la estrategia; o lo que es lo mismo, desde qué juicios —y prejuicios— desplegó Baroja aquellas técnicas y artes aprendidas con el fin de persuadir al lector, o al menos de provocar antipatías y simpatías. En este sentido, conviene rescatar un texto fundamental para entender la importancia de la opinión en Baroja; puede —y debe— leerse en el capítulo I de la quinta parte del tomo IV de las *Memorias*, *Galería de tipos de la época* (1947), titulado «Algunos hombres de ciencia». Dice allí Baroja:

Protágoras enseña que el hombre es la medida de todas las cosas, y que ningún objeto sensible es independiente del ser que piensa y que siente. Esta intuición genial se tomó durante mucho tiempo como una fantasía, y han pasado siglos para que se haya visto que la idea del filósofo griego era una realidad. El hombre primitivo comenzó a medir las cosas con el palmo, con la pulgada, con el pie, y cuando la medida tomó un aire no humano, esto no evitaba que en su principio fuera humana. Medida y juicio, todo sale del hombre. En el primer aforismo de Hipócrates, que comienza diciendo: «El arte es largo, la vida es breve —se termina afirmando—: La experiencia es falaz; el juicio, difícilmente». El juicio no es falaz casi nunca. Únicamente lo es cuando está basado en hechos inseguros o cuando el que juzga no tiene serenidad o tiene interés en falsificar o en mentir. Si tiene interés en esto, no es juicio, sino pasión e hipocresía. Al hablar de juicio se refiere uno al buen juzgador, no al torpe ni al apasionado, ni al venal. (Baroja 1997c, 247)

En efecto, el juicio u opinión *no es falaz casi nunca*, caracteriza perfectamente a quien lo emite. Los juicios de Baroja —expresados por la propia voz o por las intermediadas en los personajes de la ficción—, aquellos guardados en su fondo sentimental, remiten siempre a un principio o pacto de autenticidad con el lector, casi lírico, por el que Baroja mostraba sus «exabruptos» con asombrosa naturalidad. Esta libertad de opinión, egolátrica, nunca dejó indiferente al lector. Decía más arriba que en la literatura barojiana —en la de todo gran escritor o escritora— nada es inocente —ni la exhibición ni la ocultación—, como tampoco lo es la creación de tipos y caracteres. La «marca» Baroja es siempre reconocible porque *ningún objeto sensible es independiente del ser que piensa y que siente*. Añadiríamos que *ningún objeto sensible es independiente del ser que piensa y que siente y que escribe*, de ahí que el título de este ensayo termine con un «opina don Pío», revelador de que los tipos y caracteres barojianos se definen con unas artes muy concretas, ya señaladas, pero siempre mediatizadas por la opinión y juicio personales, del autor.

Por tales razones, bien está recordar lo que Baroja escribía acerca de los tipos y personajes en el prólogo a sus *Páginas escogidas* (1918), antecedente de las célebres notas introductorias a *La nave de los locos* (1925):

Los caracteres

Antiguamente los caracteres, sobre todo en el teatro, se formaban con la exageración de una cualidad o de un defecto [...] Aun en los escritores modernos el acierto está en los tipos inventados. Esto es natural, hay tal cantidad de simulación consciente e inconsciente en el hombre que el que llega a ver a un tipo tal como es lo tiene que ver casi por adivinación. Esta facultad adivinatoria, sintética, es en grande o en pequeños muy común y corriente. Existe como un instintivo sondaje en psicología que la nueva tendencia fenomenológica quiere convertir en instrumento de trabajo y que lo sería, claro es, si todo investigador fuera un investigador genial. La pericia en ese sondaje es la que hace al escritor. Tiene su empleo el inconveniente de que no hay contraste. Se acierta o se yerra. Solo el tiempo dice quién acierta y quién yerra. Yo, como los demás escritores, en mis novelas casi siempre invento el tipo principal y copio de la realidad los secundarios. (Baroja 2000a, 505-506)

También conviene refrescar las definiciones de los caracteres recogidas en el «Prólogo largo y difuso» a *La intuición y el estilo*:

El tipo es como una concreción, como una muestra, como una síntesis o símbolo que reúne los caracteres salientes de una comunidad étnica.

La raza tiene una realidad poco firme. Sin embargo, para los hombres hay una división zoológica bastante clara: raza blanca, raza negra y raza amarilla. No habrá entre ellas una separación cortada a pico; pero la hay, aunque no sea tan tajante. Además de la división zoológica, hay otra política, histórica y lingüística: la raza latina, la raza germánica, la raza eslava, la raza aria, la raza semítica. Si se intentan explicar estos nombres, se ve que la explicación no se refiere exclusivamente a algo anatómico. Aquí, el concepto de raza es más psicológico y moral. (Baroja 1997*d*, 354-355)

Pero más allá de que Baroja reconozca las deudas con la nueva tendencia fenomenológica en la construcción de tipos y caracteres conviene advertir en estos pasajes cómo el autor de *La busca* insiste en la «pericia» del sondaje, virtud que, a la postre, hace al escritor.

Esta destreza personal, al cabo la «estrategia» de la que hablábamos más arriba, es la «marca» del escritor Baroja. El caso de los tipos y caracteres navarros, que utilizo en este ensayo como muestra singular de todo un universo de retratos barojianos, es paradigmático de su arte caracterológico. En puridad, se delinean aquellos teniendo en cuenta un eje ideológico claro, un juicio u opinión fraguados tras la lectura de estudios antropológicos y raciales de la nueva tendencia fenomenológica. El eje, repetimos, es de evidencia cristalina: la Montaña navarra vasca frente al resto de Navarra; la Montaña es de raza superior, positiva, nortea, mientras que la Llanura y la Ribera se asimilan a los tópicos de la raza mediterránea, inferior, sureña, violenta y semítica. Esta simple dicotomía condicionará el retrato de tipos y caracteres navarros en todos y cada uno de los textos barojianos.

La Montaña y la Ribera

De los estudios raciales, parte de esa nueva tendencia fenomenológica, como fundamento para la creación de tipos según la opinión personal de Baroja, confesará nuestro autor en el segundo tomo de las *Memorias, Familia, infancia y juventud* (1944):

A mí me interesa mucho la raza, tanto en un hombre como en un animal.

Pensando en las ramas de mi familia, creo que los Nessi, Zornoza y Oyarzábal eran tipos nórdicos, gente de ojos azules y de pelo rubio; los Barojas y Arrietas, de tipo que se ha llamado céltico: cara redonda y ojos pardos; los Goñis, cruzados rubios y morenos, y los Alzates, más bien morenos y de ojos negros (Baroja 1997*b*, 361)

Quédese el lector con que los Alzates, según veremos, «morenos y de ojos negros», esto es, más bien «mediterráneos», serán aquella rama de la familia que se desparramará por la Navarra de la Llanura y la Ribera. Por

otro lado, en el capítulo XI de la quinta parte del tomo IV de las *Memorias*, *Galería de tipos de la época*, Baroja tampoco ocultó su afición por la antropología:

Yo he tenido cierta curiosidad por la antropología, y, naturalmente, no bastante fuerte para dedicarme a ella. Además, que un aficionado a esto no podría llegar a trabajar en esas cuestiones. Sólo a algunos profesores les es posible dedicarse a tal especialidad.

Cuando yo cursaba el primer año de medicina, sabíamos los alumnos que el profesor de anatomía, Olóriz, que alternaba en esta asignatura con Calleja, y con el cual yo no estudié, estaba haciendo investigaciones y mediciones sobre cráneos [...] Unos años después, al estudiar el doctorado y conocer al profesor Aranzadi, y luego más tarde, supe que Olóriz había hecho libros importantes, entre ellos el *Índice cefálico de España* y *La talla humana en España*. Parece que fundó un laboratorio de antropología, y que tenía en él dos o tres mil cráneos, con su documentación especial. Se dijo que también se distinguió en cuestiones de dactiloscopia, y que perfeccionó un método de Bertillon para identificaciones en los criminales. (Baroja 1997c, 269-270)

Y poco más adelante, en el capítulo XIII de esta misma quinta parte del tomo cuarto de las *Memorias*, Baroja habla largo y tendido de su relación con Telesforo de Aranzadi:

Un profesor, a quien no sé si le debo considerar como antropólogo o más bien como etnógrafo, que conocí al estudiar el doctorado, fue Telesforo de Aranzadi.

En el doctorado de medicina dábamos una clase de antropología en una clase yo creo que de la Academia de Bellas Artes, de la calle de Alcalá. El profesor era Antón Ferrándiz, señor pomposo, decorativo y elocuente.

Aranzadi era un poco *gebo*, como dicen en Bilbao, pero gracioso y simpático, a pesar de su mal humor habitual [...]

Desde su primera monografía, *El pueblo euskalduna* (San Sebastián, 1889), hasta el momento de su muerte, ocurrida a principios del año 1945, Aranzadi trabajó incansablemente, en la oscuridad, aun cuando su nombre era considerado en los medios científicos europeos. En el terreno antropológico, aparte de estudiar a fondo la raza vasca, hizo trabajos generales, entre ellos el titulado *De antropología de España*. Como etnógrafo y prehistoriador (aparte de algunas traducciones), se circunscribió más a su propio país.

Con Barandiarán y Eguren exploró un sinfín de estaciones prehistóricas y de núcleos dolménicos especialmente. Al parecer, Aranzadi y Barandiarán se entendían muy bien, y no hubo entre ellos rivalidad ni mala intención.

A mí las veces que le vi a Aranzadi me trató amable y sonrientemente, y lo mismo hizo con mi sobrino Julio, que le acompañó en excursiones de carácter etnológico.

Yo le conocí cuando era auxiliar de la clase de antropología del doctorado y daba unas lecciones prácticas en el Museo Velasco.

Una vez eligió cinco o seis de sus discípulos para tomarles las medidas antropométricas.

Entre los elegidos, uno de ellos era un americano, con aire un poco amulatado; el otro, un andaluz, de Almería; los otros no recuerdo quiénes eran, y yo.

El americano y el almeriense tenían un ángulo facial poco abierto. A mí me clasificó como mesaticéfalo, con ángulo facial abierto y ojos pardos, verdosos.

—¿Usted es vasco? —me preguntó luego.

—Sí.

—¿Puro?

—No, tengo el segundo apellido italiano.

—¿De dónde?

—De Lombardía.

—¡Ah! Está bien.

Tenía el pasaporte o salvoconducto antropológico para marchar por el mundo; pero en esto, como en todo, son muchos los llamados y pocos los elegidos. (Baroja, 1997c, 271-274).

En *Familia, infancia y juventud*, tomo segundo de las *Memorias*, leemos esta nueva confesión de simpatía «fenomenológica» por todo lo vasco (no por el «bizkaitarrismo», por descontado), que contiene, por cierto, un sólito exabrupto barojiano:

Por su aspecto físico, a mí me gusta la tierra vasca, aunque confieso que va perdiendo carácter gracias a las construcciones modernas y al triunfo del cemento armado. Hay gente que no le agrada el país.

—A mí no me gusta nada la luz de las Vascongadas —me decía Sorolla en San Sebastián, de una manera categórica—. El verde es monótono.

—A mí tampoco me gusta nada la luz del Sur —le contesté yo—, ni en general la del Mediterráneo.

—Eso lo dice usted por decir.

—No; es verdad. Me parece una luz blanca, fuerte; pero en el campo hay muy poco color. Todo tiende al blanco, al negro y al gris; es decir, a lo que no son colores.

Ribera y Caravaggio no son coloristas al lado de los flamencos y florentinos.

Sorolla no podía permitir que se tuvieran opiniones contrarias a las suyas, y casi se incomodó con las mías.

Yo, por inclinación, soy guipuzcoano. Guipúzcoa es la provincia donde he nacido y por la que tengo más simpatía. Esta pobre Guipúzcoa, tan pequeña, tan arreglada, tan discreta, se ha achabacado por los propios y extraños hasta hacerse un país de cursilería en lo alto y de ordinariez y gamberrismo en lo bajo. (Baroja 1997b, 326)

Un «exabrupto» que se explica, según hemos visto, por la autenticidad inherente a toda opinión. Sutil, estratégicamente, Baroja consigue que el lector empatice con la opinión/verdad barojiana mediante la inserción del matiz fenomenológico, científico, derivado del amor *por el aspecto físico* de la tierra vasca. Por si fuera poco, Sorolla «era uno de esos mediterráneos que

quieren aparecer siempre como hombres toscos y francos, pero que en el fondo son maquiavélicos y de gran prudencia. Era un hombre muy inteligente” (Baroja 1997c, 205). Y cuando, también en *Familia, infancia y juventud*, indaga en su genealogía, muestra claramente su desdén hacia la Navarra de la Llanura y Ribera:

Luego, por lo que veo en el Diccionario de Yanguas y Miranda, hay una serie de Alzates que dejan el País Vasco y tienen cargos con los reyes de Navarra; *pero eso ya no me interesa*. Tampoco sé si todos ellos, del mismo apellido, son de la misma familia o de distintas familias. Las genealogías, por lo poco que he investigado, me figuro que son novelas que tienen ninguna realidad no ya honda y biológica, sino tampoco histórica (Baroja 1997b, 355) [el subrayado es nuestro]

No es casual que «ya no le interese» un apellido cuando se mezcla con un territorio de raza mediterránea, semítica, inferior. Pamplona, lugar de infancia y juventud para Baroja, pertenecía, claro es, a ese territorio, según el eje ideológico apuntado. Leemos, de nuevo, en *Familia, infancia y juventud*:

Entre nosotros, los chicos, se desarrollaban una brutalidad y una violencia bárbaras. Los de Madrid, aunque bastante brutos, no tenían comparación con los de Pamplona. Éstos eran de lo más salvaje que puede imaginarse. Quizá ello no tenía nada de raro. La mayoría de mis compañeros eran hijos o descendientes de voluntarios de la guerra civil, que tenían como norma de la vida la barbarie y la crueldad. Constantemente estaban pegándose y, sobre todo, pensando barbaridades y crueldades. A mí, como digo, me pusieron en la alternativa, al entrar en el colegio, de pegar o de ser pegado, y pegué todo lo que pude. (Baroja 1997b, 415)

Pamplona es mediterránea, tosca, violenta, brutal. Sigue Baroja:

Los chicos de Pamplona teníamos una mentalidad de pirata. Todo lo que fuera cortesía o suavidad se nos antojaba rebajamiento. Andar con sombrero era una vergüenza: había que ir con boina.

La gorra con pompón era algo para nosotros muy humillante. Le llamábamos “tapacomún”.

El marchar de paseo en fila con un traje nuevo nos parecía una cosa indigna. No teníamos confianza con los profesores y mentíamos siempre que nos preguntaban algo.

Cuando alguno se consideraba ofendido contra el colegio, cogía los tinteros de cristal de la clase y los rompía en los bancos de la plaza del Castillo. Al cabo de algún tiempo los tuvieron que poner sujetos y de plomo. (Baroja 1997b, 415-416)

Cierto es que la infancia y adolescencia barojianas en Pamplona ya habían sido fabuladas en la novela *Aventuras, inventos y mixtificaciones de*

Silvestre Paradox (1901). En aquellas tempranas fechas quedó claro que cuando Baroja se refería a la Montaña navarra excluía la Montaña no vascófona, pues en la novela se retrata a un roncalés, tan bruto y escaso de luces como sus compañeros de la Llanura o Ribera:

Una de sus bromas con un condiscípulo roncalés, que estaba con el pelo de la dehesa, tuvo resonancia.

Había entonces en el pueblo una compañía de zarzuela que solía ir todos los años a Pamplona. Maca había conseguido un pase por un tío suyo que estaba empleado en el Gobierno civil; compañeros suyos. Silvestre y los demás, iban al paraíso a ver la función los domingos por la tarde.

El roncalés, que era agarrado como una lapa, dijo cándidamente a sus amigos un domingo:

—Yo ya iría al teatro, pero sin pagar. ¿Vosotros pagáis?

—¡Nosotros! Ca, hombre —le contestó Maca—. Nosotros vamos, ¿sabes?, y le decimos al de la puerta: «Un real he pagado el gallinero», y nos deja entrar.

—¿Sólo con decir eso?

—Sólo con eso. Ya verás cómo entro yo

Efectivamente, entró, enseñó el pase disimuladamente, estuvo un momento y volvió a salir.

—¿Ves? ¡Pues a ti te dejarán pasar lo mismo si dices eso! (Baroja 1998a, 640)

Y en *Juventud, egolatría* (1917) aparece el clérigo Tirso Larequi, paradigma de tipo navarro de la Llanura:

Habíamos salido del Instituto y habíamos estado presenciando unos funerales. Después entramos tres o cuatro chicos, entre ellos, mi hermano Ricardo, en la catedral. A mí me había quedado el sonsonete de los responsos en el oído, e iba tarareándolo.

De pronto salió una sombra negra, por detrás de un confesonario, se abalanzó sobre mí y me agarró con las manos del cuello hasta estrujarme. Yo quedé paralizado del espanto. Era un canónigo gordo y seboso, que se llamaba don Tirso Larequi.

—¿Cómo te llamas? —me dijo zarandeándome.

Yo no podía contestar de terror.

—Se llama Antonio García —dijo mi hermano Ricardo, fríamente.

—¿Dónde vive?

—En la calle de Curia, número catorce.

No había tal casa, claro es.

—Ahora voy a ver a tu padre, —gritó, y, como un toro, salió corriendo de la catedral.

Mi hermano y yo nos escapamos por el claustro.

Ese canónigo sanguíneo, gordo y fiero, que se lanza a acogotar a un chico de nueve años, es para mí el símbolo de la religión católica.

Aquella escena fue para mí, de chico, uno de los motivos de mi anticlericalismo. (Baroja 1999a, 394-395).

Es revelador que, como cuenta Miguel Sánchez Ostiz, Tirso Larequi no fuese gordo, sino más bien enjuto: «No tenía fama de mala bestia; al revés. Ni siquiera era recordado como alguien gordo y seboso» (2021, 32), lo que no es óbice para que este pasaje sea un ejemplo de caracterización estratégica; Larequi comienza siendo una «sombra negra», para pasar a tener unos rasgos prosopográficos, de moderna fenomenología, de canónigo gordo y seboso. El retrato final concluye con trazos etopéyicos: «canónigo sanguíneo, gordo y fiero». En pocas líneas Baroja asociaba repulsión por la raza mediterránea, sotanofobia y odio por el reaccionarismo católico.

En el mismo libro de *Juventud, egolatría*, Pío Baroja había insistido en la superioridad europea, nortea, de la Montaña vasca:

Archieuropeo

Soy un vasco, no por los cuatro costados, sino por tres costados y medio. El medio costado que me resta, extravasco, es lombardo.

De mis ocho apellidos, cuatro son guipuzcoanos, dos navarros, uno alavés y el otro italiano.

Yo supongo que cada apellido representa la tierra donde han vivido los ascendientes de uno, y supongo, además, que todos tiran con fuerza y que cada fuerza de éstas obra en el individuo con parecida intensidad. Suponiéndolo así, la resultante de las fuerzas ancestrales que obran sobre mí hacen que yo tenga mi paralelo geográfico entre los Alpes y los Pirineos. Yo, a veces, creo que los Alpes y los Pirineos son lo único europeo que hay en Europa. Por encima de ellos, me parece ver el Asia; por abajo, el África.

En el navarro ribereño, como en el catalán y como en el genovés, se empieza a notar el africano; en el galo del centro de Francia como en el austríaco, comienza a aparecer el chino.

Yo, agarrado a los Pirineos y con un injerto de los Alpes, me siento archieuropeo. (Baroja 1999a, 342)

La «archieuropeidad» terminaba en Belate — «Al comenzar a descender hacia la cuenca del Ebro, da la sensación de que se cambia de país, de que sólo allí es donde empieza España.» (Baroja 2000b, 405)— y franqueaba el paso a *África*:

De Pamplona se puede ir a la Ribera por el valle del Orba, por Campanas y Barasoain, cruzando el puente del Cidacos, camino de Tafalla, que es una ciudad colocada en una vasta llanura, con una campiña fértil y de aire monótono, formada por viñedos, trigales y huertas. *El carácter de la gente se advierte que ha cambiado, se expresan con mayor violencia, son gentes agresivas y malhumoradas, ya no tienen nada de vascos. Entre ellos el vino es un dios, un dios que hace a los hombres irritables y violentos. En toda la ribera de Navarra la agresividad es una costumbre. El carácter de los ribereños es de una petulancia que desconocen lo vascos de la montaña [...]* Toda esta tierra de la Ribera se ve que está muy impregnada de elemento

semítico. En los tipos, en las ideas, en los instintos se ve que predomina una tradición judaica. (Baroja 2000b, 414-414) [la cursiva es mía]

Ahora bien, la formulación más lograda del eje Montaña/Llanura hay que buscarla en un texto anterior a estos de *Juventud, egolatría* (1917) y, por descontado, de *El País Vasco* (1953); en concreto en la novela de 1909 *Zalacaín el aventurero*. Una novela mítica, magistral, cuya lectura siempre ha enfadado a los navarros de las merindades no vascófonas. El episodio del juego de pelota que enfrenta al tipo «archieuropeo» frente al «mediterráneo» es ejemplar y bastaría casi por sí solo para ilustrar las argumentaciones de este ensayo. Leamos con atención el pasaje, atendiendo a la estrategia caracterológica de Baroja. El planteamiento del episodio no tiene desperdicio en punto a construcción de los retratos de los rivales:

Tenía Martín un rival en *un chico navarro, de la ribera del Ebro, hijo de un carabinero*.

A este rival le llamaban *el Cacho*, porque era zurdo.

Carlos de Ohando y algunos condiscípulos suyos, *carlistas que se las echaban de aristócratas*, comenzaron a proteger al Cacho y a excitarlo y a lanzarlo contra Martín.

El Cacho tenía un juego *furioso de hombre pequeño e iracundo*; el juego de Martín, *tranquilo y reposado, era del que está seguro de sí mismo*. El Cacho, si comenzaba a ganar, *se exaltaba*, llevaba el partido al vuelo; en cambio, desanimado, no tiraba una pelota que no fuese falta.

Eran dos tipos, Zalacaín y el Cacho, completamente distintos; el uno, la serenidad y la inteligencia del montañés, el otro, el furor y el brío del ribereño.

Semejante rivalidad, explotada por Ohando y los señoritos de su cuerda terminó en un partido que propusieron los amigos del Cacho. El desafío se concertó así; el Cacho e Isquiña, un jugador viejo de Urbía, contra Zalacaín y el compañero que éste quisiera tomar. El partido sería a cesta y a diez juegos.

Martín eligió como zaguero *a un muchacho vasco francés* que estaba de oficial en la panadería de Archipi y que se llamaba Bautista Urbide.

Bautista era *delgado, pero fuerte, sereno y muy dueño de sí mismo*.

Se apostó mucho dinero por ambas partes. Casi todo *el elemento popular y liberal estaba por Zalacaín y Urbide*; los señoritos, el sacristán y la gente *carlista* de los caseríos por el Cacho.

El partido constituyó un acontecimiento en Urbía; el pueblo entero y mucha gente de los alrededores se dirigió al juego de pelota a presenciar el espectáculo. (Baroja 1998b, 363-364) [el subrayado es nuestro]

La voz narradora toma partido, claro es, por el héroe Martín Zalacaín y su ayudante Bautista Urbide. Estos tipos «archieuropeos» se enfrentan a los «mediterráneos» el Cacho y sus secuaces. Por si fuera poco, el Cacho es hijo de carabinero, amén de ribereño, y Zalacaín representa a los liberales (la serie *Memorias de un hombre de acción* estaba por escribir en aquellas

calendas de 1909) mientras que a el Cacho le jalean los carlistas. El nudo y desenlace del episodio terminan de cerrar la caracterización estratégica de archieuropeos frente a mediterráneos decadentes:

La lucha principal iba a ser entre los dos delanteros, entre Zalacaín y el Cacho. El Cacho ponía de su parte *su nerviosidad, su furia, su violencia* en echar la pelota baja y arrinconada; Zalacaín se fiaba en su *serenidad, en su buena vista y en la fuerza* de su brazo, que le permitía coger la pelota y lanzarla a lo lejos.

La montaña iba a pelear contra la llanura.

Comenzó el partido en medio de una gran expectación; los primeros juegos fueron llevados a la carrera por el Cacho, que tiraba las pelotas como balas unas líneas solamente por encima de la raya, de tal modo que era imposible recogerlas.

A cada jugada maestra del navarro, los señoritos y los carlistas aplaudían entusiasmados; Zalacaín sonreía, y Bautista le miraba con cierto mal disimulado pánico.

Iban cuatro juegos por nada, y ya parecía el triunfo del navarro casi seguro cuando la suerte cambió y comenzaron a ganar Zalacaín y su compañero.

Al principio, el Cacho se defendía bien y remataba el juego con *golpes furiosos*, pero luego, como si hubiese perdido el tono, comenzó a hacer faltas con una frecuencia lamentable y el partido se igualó.

Desde entonces se vio que el Cacho e Isquiña perdían el juego. Estaban desmoralizados. El Cacho se tiraba contra la pelota *con ira*, hacía una falta y se indignaba; pegaba con la cesta en la tierra *enfurecido* y echaba la culpa de todo a su zagüero.

Zalacaín y el vascofrancés, dueños de la situación, guardaban una *serenidad completa, corrían elásticamente y reían*.

—Ahí, Bautista —decía Zalacaín—. ¡Bien!

—Corre, Martín —gritaba Bautista—. ¡Eso es!

El juego terminó con el triunfo completo de Zalacaín y de Urbide.

—¡*Viva gutarrac!* (“¡Vivan los nuestros!”) —gritaron los de la *calle* de Urbía aplaudiendo torpemente. (Baroja 1998b, 364) [el subrayado es nuestro]

Pero para los intereses de nuestro despliegue argumentativo hay más pasajes reveladores de la montaña contra la llanura en la novela de 1909. Así comparece, así se retrata, otro tipo navarro ribereño, fanático y carlistón, en el capítulo IX del libro II de *Zalacaín el aventurero*:

Un hombre *viejo, bajito*, que presidía la mesa, se quitó la boina y comenzó a rezar; todos los comensales hicieron lo mismo, menos el extranjero, a quien advirtió Martín de su olvido y que, al darse cuenta, se quitó apresuradamente la gorra.

En el transcurso de la cena, el hombre bajito habló más que nadie. *Era navarro de la ribera, un tipo de cuidado, de mirada oblicua, pómulos salientes, la boina pequeña echada sobre los ojos, como si instintivamente quisiera ocultar su mirada*. Defendía la conducta del cabecilla asesino Rosas Samaniego, que estaba entonces preso en Estella, y le parecía poca cosa el

echar a los hombres por la sima de Igusquiza, tratándose de liberales y de hombres que blasfemaban de su Dios y de su religión.

Contó el tal viejo varias historias de la guerra carlista anterior. Una de ellas era verdaderamente *odiosa y cobarde* [...] Durante la cena, el *repulsivo viejo* estuvo contando hazañas por el estilo. Aquel *tipo miserable y siniestro era fanático, violento y cobarde, se recreaba contando sus fechorías, manifestaba crueldad bastante para disimular su cobardía, tosquedad para darla como franqueza y ruindad para darle el carácter de habilidad. Tenía la doble bestialidad de ser católico y de ser carlista.*

Este *desagradable y antipático personaje* se puso después a clasificar los batallones carlistas según su valor; primero eran los navarros, como era natural, siendo él navarro, luego los castellanos, después los alaveses, luego los guipuzcoanos y al último los vizcaínos.

Por el curso de la conversación se veía que había allá un ambiente de odios terribles; navarros, vascongados, alaveses, aragoneses y castellanos se odiaban a muerte. *Todo ese fondo cabileño que duerme en el instinto provincial español estaba despierto.* Unos se reprochaban a otros el ser cobardes, granujas y ladrones.

Martín se ahogaba en aquel antro, y sin tomar el postre, se levantó de la mesa para marcharse. (Baroja 1998b, 419-420) [la cursiva es mía]

En otro fragmento de *Zalacáin el aventurero* Pío Baroja hace gala de su pericia en la moderna fenomenología cuando se repasa la histórica rivalidad de la familia del héroe con la del antagonista Ohando; queda bien diáfano el origen solariego navarro de Ohando, pero sobre todo Baroja colaba otro principio de los estudios raciales decimonónicos: el atavismo. Transcribamos el fragmento, en apariencia inocente:

Leído esto, Soraberri tosió, escupió y comenzó esta relación con gran solemnidad:

«Enemistad antigua senyalada avya entre el solar d'Ohando, que es del reino de Navarra, e el de Zalacain, que es en tierra de la Borte. E dicese que la causa della foe sobre envidia e a cual valia mas, e ficieron muchos malheficios e los de Zalacain quemaron vivo al senyor de Sant Pedro en una pelea que ovyeron en el llano del Somo e porque no dexo fijo el dicho senyor de Sant Pedro casaron una su fija con Martin Lopez de Zalacain, home muy andariego.

E dicho Martin Lopez seyendo venido a la billa d'Urbia foe desafiado por Mosen de Sant Pedro, del solar d'Ohando, que era sobrino del otro senyor de Sant Pedro e que había fecho muchos malheficios, acechanzas e robos.

E Martin Lopez contestole a su desafiamento: Como vos sabedes yo so contado aquí por el mas esforzado ome e ardite en el fecho de las armas en toda esta tierra y paresce que los d'Ohando a vos han traido por la mejor lanza de Navarra por vengar la muertte de mi suegro que foe en la pelea peleada con lealtad en el Somo e como el cuibdaba matar a mi, yo a él.

E por ende si a vos pluguiese que nos probemos vos e yo, uno para otro, fasta que uno de nos o ambos por ventura muramos, a mi plasera mucho e aquí presto.

E respondiolo Mosen de Sant Pedro que le plasia e se citaron en el prado de Sant Ana. En esta sazón venya dicho Martín López encima de su cavallo como esforzado cavallero e antes de pelear con Mosen de Sant Pedro fue ferido de una saeta que le entró por un ojo e cayó muertto del cavallo en medio del prado. E lo desjarretaron. E preparo la asechanza e armo la ballesta e la disparo Velche de Micolalde, deudo e amigo de Mosen de Sant Pedro d'Ohando. E los omes de Martín López como lo veyeron muertto e eran pocos enfrente de los de Ohando, ovieron muy grant miedo e comenzaron todos a fugir.

E cuando lo supo la muger de Martín López fue la triste al prado de Sant Ana, e cuando vido el cuerpo de su marido, sangriento y mutilado, se afinajo, prisole en sus brazos e comenzó a llorar, maldiciendo la guerra e su mala fortuna. E esto pasaba en el año de Nuestro Senyor de mil quatrocientos y doce».

Cuando concluyó el señor Soraberri, miró, a través de sus anteojos, a sus dos oyentes. Martín no se había enterado de nada; Tellagorri dijo:

—Sí, esos Ohandos es gente *palsa*. Mucho ir a la iglesia, pero luego matan a traición.

Soraberri recomendó eficazmente a su amigo Tellagorri que no hiciera nunca juicios aventurados y temerarios. (Baroja 1998b, 351-352)

Y en otro lugar de *Zalacaín el aventurero* los navarros de la Llanura y e la Ribera vuelven a quedar retratados negativamente. Zalacaín se arroga la *auténtica* españolidad:

Los legitimistas franceses se lo figuraban como un nuevo Enrique IV; y como de allí, del Bearn, salieron en otro tiempo los Borbones para reinar en España y en Francia, soñaban con que Carlos VII triunfaría en España, acabaría con la maldita República Francesa, daría fueros a Navarra, que sería el centro del mundo y, además, restablecería el poder político del Papa en Roma.

Zalacaín se sentía muy español y dijo que los franceses eran unos cochinos, porque debían hacer la guerra en su tierra, si querían.

Capistun, como buen republicano, afirmó que la guerra en todas partes era una barbaridad. (Baroja 1998b, 377)

Aunque la compra del caserón de Itzea (1912) y el posterior descubrimiento de *The Golden Bough* de James G. Frazer (en la traducción francesa de Stiebel y Toutain) condicionarán la ideación de la «República bidasotarra de chapelaundis» como una suerte de fantasía e idilio de aquello que a la altura de 1909 no era todavía sino una difusa Montaña vasca, Baroja persistió en la caracterización de los tipos navarros con los conocidos moldes. Así, en el capítulo I del libro VI de la novela *Con la pluma y con el sable* (1915) leemos este fragmento ambientado en 1822:

En Hendaya tomaron asiento en la diligencia francesa hasta Bidart.

En este corto trayecto se encontró Aviraneta sorprendido con un español que parecía navarro, que de cuando en cuando gritaba: “¡Viva el rey! ¡Viva Dios!”

El tal navarro vivía en Pamplona. Los pamplonicas son un poco pedantes, y aquél, que lo era en grado sumo, creía que su grito “¡Viva Dios!” era un hallazgo.

Cuando lo daba miraba a todos los viajeros, como diciendo: “¡Eh!, ¿qué les parece a ustedes mi adquisición?”.

Un francés gordo y mofletudo, con patillas y un sombrero a la Bolívar, lo contemplaba de cuando en cuando con unos ojos abultados de rodaballo.

Aviraneta se cansó de este grito desafiador, y le preguntó al pamplonica:

—¿Qué grita usted tanto?

—Grito: ¡Viva Dios! ¿Está mal?

—¡Psch! No sé.

—¿Cómo que no sabe usted?

—No. Yo no conozco a ese ciudadano.

El pamplonica miró a Aviraneta, asombrado, indignado, en el colmo del estupor.

Aviraneta contó al francés gordo y apoplético del sombrero a la Bolívar lo ocurrido, y a éste le hizo una gracia tal que empezó a ponerse rojo y a reírse con un hipo estruendoso. El navarro, enfurruñado, miraba a Aviraneta y al francés con horror.

El navarro era uno de los milicianos de Pamplona, que habían escapado de la ciudad después de un choque que tuvieron con la tropa, en donde los soldados gritaban: “¡Viva Riego! ¡Viva la libertad!”, y los milicianos contestaban: “¡Viva el rey! ¡Viva Dios!”. De este choque resultaron veinte muertos y treinta heridos, y la disolución de la milicia nacional. Aquel navarro era uno de los de “¡Viva Dios!”, de Pamplona. (Baroja 1997f, 786-787)

Otro ejemplo de repulsa por los navarros no vascos puede leerse en el capítulo «Tribulaciones», el IX de la quinta parte de *El amor, el dandismo y la intriga* (1922):

Había que reconocer que Maroto era un hombre decidido, un hombre de agallas. Un jefe que se atrevía a fusilar a cuatro generales navarros, por tropas navarras, en una ciudad como Estella, que tenía una guarnición de navarros, era un valiente. (Baroja 1997g, 920)

En la misma novela, dentro del capítulo IV de la quinta parte, «Los conjurados», encontramos este concentrado de tópicos caracterológicos endosados por Baroja a los generales carlistas navarros opuestos a Maroto:

Me describió a Guergué, que era un *bruto violento, arbitrario*, a quien movían como a un muñeco los palaciegos desde el Real; al general don Pablo Sanz, *otro navarro, violento y voluble, de poco talento y entregado a la bebida*; al brigadier Carmona, que era el más listo de todos, y al intendente Ibáñez, que *era un fanático, de carácter siniestro, que no disfrutaba más que*

haciendo daño, viendo prender o fusilar a alguien. (Baroja 1997g, 904) [el subrayado es nuestro]

Y en una novela posterior, de asunto contemporáneo, *El cabo de las tormentas*, de 1932, leemos en el capítulo I del libro segundo este retrato del general navarro Miguel Arlegui y Bayonés:

—¿Y el general Arlegui? —volvió a preguntar don Leandro.

—El general Arlegui, jefe de la Policía de Barcelona en tiempo de Anido, era también un *hombre cruel, bruto y de poco valor*. Yo creo que, principalmente, *era un pedante*.

—Una vez —afirmó don Leandro— le vi a ese general a la puerta de una fonda de Mugaire. En esto estalló un neumático y se levantó asustado y echó mano a la pistola. No sé si este hombre sería navarro o no; el apellido lo es.

—*Sí, era navarro, de cerca de Estella*. Él afirmaba que era del mismo Arlegui, poblado donde hay una casa solariega de su nombre. Se llamaba Arlegui y Bayonés. ¿Usted hubiera querido que no fuera navarro?

—Sí; lo hubiera regalado a otra región con mucho gusto. Pero, en fin, *para nosotros Estella no es país vasco*.

—*Arlegui era hombre zafio, torpe, endiosado; el sargento de la Guardia Civil llevado a un alto cargo*. Hablaba siempre echándose las de *bravucón* y haciendo referencia a la virilidad de los hombres. En el fondo *era un gallina; pusilánime y cobarde*. Don Severiano es algo más interesante. Arlegui *era un hombre sombrío, asustadizo, neurasténico, enfermo del estómago, del corazón y de los nervios*. Anido, no. Este gallego es como un animal de una fauna extraña. Anido se duerme en los banquetes. Yo he estado a su lado en varios de estos. Entre sueño y sueño habla de todo y da sus opiniones, que la mayoría de las veces son disparatadas, perfectas majaderías. Una vez le oímos que explicaba a unos médicos que el tifus provenía del estreñimiento y de comer alimentos astringentes; otra vez nos contó cómo se había aprovechado de la organización de los Sindicatos Libres para su política. Por lo que dijo, el plan se lo dio *un barbero pederasta de Barcelona*. (Baroja 1998c, 249-250) [el subrayado es nuestro]

A estas alturas de exposición de fragmentos de textos barojianos ya no sorprende que Baroja insista en que Estella no es País Vasco, ni que la estrategia caracterológica de don Pío pase por la asociación de rasgos de tipo racial mediterráneo de Arlegui con una sutil indicación final por la que se apuntala la «degeneración» del tipo mediterráneo con la alusión, que parece como si no viniera a cuento, del barbero pederasta de Barcelona. Ciertamente que los «célticos» galaicos salen un poco mejor parados en el último pasaje citado.

Insistencias

No cambian las opiniones ni las estrategias en 1936. Cuando en *El cura de Monleón* se lee que el padre del protagonista de la novela, Javier Olarán, no era navarro de la *República del Bidasoa*, un lector avisado deducía que este origen racial se iba a convertir, indefectiblemente, en resorte para anécdotas de fanatismo y brutalidad «mediterráneas». En Olarán confluyen la sangre mediterránea (vasco ibérica) del padre con la archieuropea, montañesa y guipuzcoana, de la madre:

El padre de Javier, Francisco Olarán, *era navarro, de un pueblo de la cuenca de Pamplona*; la madre, muerta hacía tiempo, una guipuzcoana de la *parte alta de la provincia*, de lo que se llama en el país el Goyerri. Se conocieron los dos en San Sebastián, donde ella trabajaba de modista. A Olarán padre, *moreno, esbelto, de ojos claros, podía considerársele como tipo del vasco ibérico*; la madre, *rubia, sonriente, de carácter apacible, era la vasca guipuzcoana y cantábrica*. Don Francisco se mostró un tirano en su casa. De joven, estudió para cura. *Muy absolutista y mandón y seguro de sí mismo, todo lo que hacía él estaba bien hecho; todo lo de los demás era defectuoso, malintencionado y absurdo. Cambiaba de opinión con frecuencia, y cuando sucedía esto, sus antiguas creencias, que consideraba erróneas, eran otros, según él, los que las defendían.* (Baroja 1998d, 781) [el subrayado es nuestro]

Conviene recordar que en una novela canónica de Baroja, *El árbol de la ciencia* (1911), es navarra la madre del protagonista, Andrés Hurtado, lo que explica en buena parte, según los principios fenomenológicos del determinismo naturalista, el carácter sombrío de Hurtado:

La madre de Andrés, *navarra fanática*, había llevado a los nueve o diez años a sus hijos a confesarse.

Andrés, de chico sintió mucho miedo, sólo con la idea de acercarse al confesionario. Llevaba en la memoria el día de la primera confesión, como una cosa trascendental, la lista de todos sus pecados; pero aquel día, sin duda el cura tenía prisa y le despachó sin dar gran importancia a sus pequeñas transgresiones morales. (Baroja 1998e, 381-382) [el subrayado es nuestro]

Retornando a *El cura de Monleón*, comprobamos que, una vez descrito el carácter violento del padre de Olarán, páginas más adelante de la novela se desatan las anécdotas de violencia y brutalidad *mediterráneas* en cada ocasión en que aparecen navarros ribereños:

Dos o tres años antes había ido por primera vez a un pueblo pequeño de la ribera de Navarra, de *gente agresiva*. Al comenzar su sermón vio a varios mozos que se reían de él descaradamente en sus barbas. Al salir de la iglesia se encontró a los mismos mozos, que le miraban con sorna.

—Los que se ríen en la iglesia no se atreven a reírse fuera —les dijo.

—Aquí y allá —le contestó uno.

El cura se remangó los manteos, empezó a trompadas e hizo correr a todos.

Se contaba también que en otro pueblo había tenido graves cuestiones. Había muerto un anticlerical y la familia decidió hacerle, contra viento y marea, un entierro religioso, a pesar de la protesta de los socialistas y sindicalistas, que querían que se hiciera un entierro civil.

El cura, que era *hombre bravo*, celebró el entierro religioso, pero los enemigos le prepararon una silba y una pedrea en la procesión del Corpus que estaba próxima.

El cura, que iba bajo el palio, al notar la refriega que se iniciaba, le dijo a un compañero: “Tú ten cuidado de la hostia, que de las otras me encargo yo”. (Baroja 1998d, 856) [el subrayado es nuestro]

Como era previsible, durante la Guerra Civil las opiniones y creación de tipos navarros no vascos apenas varía. Así, en el capítulo IV de la quinta parte de *Los caprichos de la suerte* (novela rescatada en 2015), leemos:

En una casa de huéspedes de San Sebastián había *un navarro de la ribera, un tipo sombrío* que un día le había hablado a la amiga de Gloria, con violencia, de las cosas que había visto en Navarra. Le contó que en Viana, al comenzar la guerra, los carlistas habían llenado dos grandes camiones con los liberales del pueblo y, dirigidos por un sargento de tropa que hacía de jefe, habían pensado llevarlos a los alrededores para fusilarlos a todos. Entonces apareció un oficial retirado y, al enterarse del barullo, preguntó qué pasaba. Al saberlo, dijo con ímpetu que no lo permitiría de ninguna manera; que al que tuviera algún cargo, lo llevaran al juzgado y después a la Audiencia de Pamplona. (Baroja 2015, 104) [la cursiva es nuestra]

Y en la misma novela de la serie, en el capítulo «Los vascos en su rincón», incide Baroja en sus opiniones y estrategias, que pasan por la visión positiva del vasco bidasotarra y la negativa de los navarros de la Ribera, asociados ahora, ya no a carlistas, sino a anarquistas, comunistas, gallegos, castellanos, portugueses y... forasteros en general:

El jefe, Gorrishas de apodo, fue a visitar a Evans a su hotel. *Era un hombre inteligente y atrevido*. En San Sebastián mandaban anarquistas y comunistas, forasteros, gallegos, castellanos, *navarros de la Ribera* y portugueses, que no pensaban más que en hacer *estupideces aparatosas*. El vasco Gorrishas, con los nacionalistas que le seguían, fue al cinturón de Bilbao que defendían muy bien. Los blancos tomaban algunas trincheras apoyados por los aeroplanos que tiraban bombas, pero de noche iban ellos, los desalojaban de las trincheras. Así hubieran estado mucho tiempo, si no hubiera habido traición entre ellos y los planos de las fortificaciones pasaran a los enemigos. (Baroja 2015, 121) [el subrayado es nuestro]

En *La Guerra Civil en la frontera*, octavo y último tomo de las *Memorias*, rescatado y editado en 2005, podemos leer estos fragmentos muy significativos:

En el quiosco de la música en la plaza de Álzate, un teniente de la Guardia Civil pronunció una alocución, con acento de la Ribera de Navarra, diciendo que el pueblo no había recibido con entusiasmo a los sublevados, que no había en él ni banderas, ni escarapelas bicolores, ni gritos, ni ovaciones, sino caras tristes. El discurso del teniente no produjo ningún efecto. Casi todos los muchachos del pueblo andaban huidos por los montes de la frontera francesa [...]

Estas tropas del Requeté tenían cierto aspecto. En su mayoría eran hombres pequeños, casi todos de la Ribera de Navarra [...]

Según la chica que me informa, los requetés eran todos pequeños y raquíticos.

—Charricos, —le decía yo.

—Sí, todos son de la Ribera de Navarra. —Son unos pobres cretinos. A veces van algunos chicos guapos, guipuzcoanos, que valen la pena.

Ella se echó a reír [...]

Entre los que quemaron Irún no había vascos. Yo vi a los incendiarios en San Juan de la Luz, y todos ellos eran gallegos, algunos castellanos, navarros de la Ribera y hasta portugueses. Vascos, ninguno [...]

Estos carlistas navarros son lo más cursi de España. Unen la cursilería con el asesinato. ¿Qué les importa a ellos que se cante en vascuence o en chino? [...]

Entre los grupos de San Juan de Luz los hay de todas clases; rojos y blancos, republicanos y carlistas. Entre estos carlistas navarros se habla ahora de que Navarra va a quedarse con parte de Guipúzcoa, llegando hasta el puerto de Pasajes. Eso no quitará para que los iruneses quieran seguir siendo guipuzcoanos y no navarros [...]

Los navarros de la Ribera y los riojanos han querido demostrar que los vascongados y, sobre todo, los guipuzcoanos, no saben batirse, y resulta que son los que se baten mejor. No tienen cólera, sino serenidad [...]

Los gascones son otros tipos, como de otra raza: caras y cabezas redondas, muchos; obesos, inyectados, de color carmesí. Hablan como explosiones. Hay uno moreno, con los ojos negros, el pelo rizado y bigote, que se expresa con una gran violencia. Los vascos y los gascones ni se hablan ni se miran a la cara, como si no hubiera nada de común entre ellos. Es algo extraño y que, probablemente, no ocurre más que en el campo. (Baroja 2005, 54-61-81-105-114-146-168 y 186, respectivamente)

Ni Santiago Ramón y Cajal, nacido en Petilla de Aragón (Navarra), se salvó en la *Galería de tipos de la época* de la caracterización del navarro/aragonés ribereño, ni de las alusiones semíticas:

Don Santiago Ramón y Cajal había nacido en Petilla de Aragón, que es, oficialmente, pueblo de la provincia de Navarra, pero que es aragonés. Entre aragoneses y navarros de la Ribera hay muy poca diferencia. Don Santiago era hijo de un médico de pueblo; pasó la niñez en un ambiente oscuro, y, al parecer, se destacó por su insociabilidad y su desaplicación [...] Personalmente, Ramón y Cajal *era hombre hosco, de aire huraño y brusco. Había en él algo de gran rabino* (Baroja 1997b, 257-258) [el subrayado es nuestro]

Retrato de mujer

Es ahora momento propicio para consignar una excepción, muy reveladora, de la norma y estrategia de construcción racial, fenomenológica, de los tipos y caracteres barojianos. Aquella excepción es la del perfilado de los personajes femeninos. Sabido es que Baroja, a diferencia del «feo, católico y sentimental» valleinclaniano, gustó de presentarse como «feo, volteriano y sentimental» cuando hablaba de sus relaciones con las mujeres. Que frecuentase conciliábulo y tertulias de marquesas o condesas o que el autor de *Susana o los cazadores de moscas* o de *Laura o la soledad sin remedio* tuviera por costumbre transcribir cartas de admiradoras fue objeto de no pocas críticas y chanzas de escritores contemporáneos, quienes veían estas costumbres de modernista galante poco correspondientes con la imagen del escéptico «hombre malo de Itzea». Por fortuna, recientes estudios, como los de la profesora Ascensión Rivas (2017) han refutado la supuesta misantropía barojiana —él mismo dedicaba ya un capítulo del prólogo de las *Páginas escogidas* solo al tratamiento de la psicología femenina en sus novelas— y demostrado la importancia radical de los tipos femeninos en los textos barojianos. En punto a caracterología, que es de lo que aquí nos ocupa, debemos convenir con los argumentos de la profesora Rivas. Y, en el caso específico de retratos de mujeres navarras, encontramos un ejemplo ilustrativo en el del personaje de Fermina, de *El escuadrón del Brigante* (1913). Fermina, «La Navarra», parecería en un primer instante responder a los tópicos de violencia y brutalidad propios de su origen ribereño; leemos en el capítulo VII del libro IV de *El escuadrón*:

En el Vallejo, en el sitio donde habíamos dado la carga, recogimos el cuerpo de Martinillo.

“¡Pobre Martinillo! ¿Quién te había de decir que nosotros los viejos te enterraríamos?”, exclamó un guerrillero anciano.

Al bajar del caballo encontramos a un francés bañado en sangre que debía estar sufriendo horrores. Al vernos, exclamó:

—¡Socorro! ¡Perdón! ¡Agua!

Lara y yo nos acercamos a socorrerle; pero Fermina *la Navarra*, amartillando su carabina y poniendo el cañón en la boca del herido, gritó:

—Toma agua —y disparó a boca de jarro, deshaciéndole el cráneo.

Los pedazos de sesos me salpicaron la ropa y las manos.

Lara se indignó. Rápidamente desenvainó el sable y se quedó luego sin saber qué hacer.

—¡Ese asqueroso francés! —exclamó ella—. ¡Que se muera! (Baroja 1997h, 364-365)

Sin embargo, a diferencia de los tipos masculinos, el retrato se suaviza más adelante, en el capítulo IV del mismo libro I, al menos en su vertiente prosopográfica:

Fermina era una *mujer bonita, de ojos negros; tenía la nariz recta, la boca pequeña, la cara ovalada, la estatura algo menos que mediana, pero erguida y esbelta de talle; la tez morena pálida*. Vestía de luto; parecía una señorita de pueblo. (Baroja 1997h, 246-247) [la cursiva es mía]

Mediterránea, en verdad, pero bonita al cabo. Incluso esta benevolencia barojiana termina alcanzando la ladera etopéyica del retrato de Fermina, pues en el capítulo I del libro II dice la voz narradora de ella que:

Esta Fermina era una mujer extraña, insoportable a ratos, a ratos todo simpatía y encanto.

Parecía a la vez dos mujeres: la mujer pálida, verdosa, iracunda, llena de saña, y la mujer amable, humilde, cariñosa.

Por lo que me dijo doña Celia, la vieja que fue con nosotros de Briviesca a Burgos, un jovencete había seducido a Fermina en su pueblo y sacado de casa. El jovencete este había desconcertado la vida y hecho desgraciada a una de las mujeres más dignas de ser feliz.

Varias veces, en el tiempo que pasé cerca de ella, pude ver a Fermina transformarse rápidamente *de la hembra fiera a la mujer llena de encanto*. ¡Qué trabajos se tomaba para hacerse desgraciada! *Sus pasiones violentas luchaban con su bondad natural* y le hacían sufrir. (Baroja 1997h, 275) [el subrayado es nuestro]

Algo similar sucede con la ribereña Blanca, que comparece fugazmente en el capítulo V del libro V de *Las horas solitarias* (1918). Blanca es mediterránea, semítica, «iracunda y violenta»... pero de facciones hermosas:

Mientras hablamos, entra en el bar y se acerca a la mesa una muchacha española: Blanca.

Blanca es de un pueblo del Ebro, *entre Navarra y Aragón*. Es una muchacha preciosa: *pequeña de cuerpo y morena, con una corrección de líneas y un aire virginal. Cara de Dolorosa, raza iberosemítica, producto de algún resto de judaizantes, que abundan en la orilla del Ebro*.

Blanca viste bien, pero fijándose en ella se ve que su elegancia es algo postizo.

Está muy pálida. Tiene una manera de hablar de carretero: *iracunda y violenta*. (Baroja 1999b, 642) [el subrayado es nuestro]

Y en cuanto a Gabriela, «la Roncalesa», su tipo es tratado con intención bien diferente de la empleada contra el Roncalés de *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*; tal vez el hecho de que Gabriela, además de mujer, fuera contrabandista, aumentó la simpatía estratégica y personal de Baroja; leemos el breve retrato de Gabriela en *El amor, el dandismo y la intriga*:

La muchacha que le acompañaba se llamaba Gabriela Sarriés, y la decían Gabriela la *Roncalesa*. Era alta, huesuda, rubia, de un rubio de color de panocha, con los ojos claros, las facciones un poco duras, el aire enérgico e inteligente.

Gabriela era contrabandista; tenía una mula, que cargaba de género en Francia y que introducía en Guipúzcoa y en Navarra. (Baroja 1997g, 834)

Resta comentar de los tipos vascos, o de la Montaña navarra, que son retratados de manera positiva por Pío Baroja. Frecuentan sus páginas desde los años próximos a la compra de Itzea, el ulterior descubrimiento de la antropología moderna, la de Frazer (con el creciente interés barojiano en asuntos de mitología vasca, como demuestra la deliciosa *La leyenda de Jaun de Alzate*), y la ideación, a modo de *Idilio y Fantasía*, del territorio irredento del Bidasoa. Lo poblaron tipos joviales, nietzscheanos, estrafalarios, descreídos, primitivos (casi modernamente intrahistóricos)... los auténticos *chapelaundis* creados a la medida de la opinión de un Baroja ya de convicción plenamente beratarra. Hay dos modelos paradigmáticos; uno de ellos es el de Lecochandegui, el jovial, protagonista del relato homónimo:

No creo que haya minero, ni cazador de palomas, ni pescador de salmones o de truchas que sea tan conocido en las márgenes del Bidasoa como Lecochandegui, el comisionista de la casa Echeopar y Compañía, de Pasajes a Irún.

A Lecochandegui le conocen los posaderos, los tenderos, los carabineros, los cadeneros, los barrenos... Todo el mundo le saluda, le llama familiarmente *Leco*, le dice algo al verle pasar en el automóvil público.

Lecochandegui *es un hombre alto, serio, de nariz larga, los ojos algo tiernos, una boina muy pequeña en la cabeza y una corbata roja en el cuello*.

Si se pone corbata negra le toman por un cura vestido de paisano, y esto le humilla, porque Leco se siente más republicano que Robespierre.

Lecochandegui es conocido en Vera desde hace algunos años. Su aparición en el pueblo fue notable. (Baroja 1999c, 220) [el subrayado es nuestro]

Y el otro Elizabide, el Vagabundo, también protagonista del cuento del mismo título:

Era un tipo bastante curioso el de Elizabide el Vagabundo. Reunía todas las cualidades y defectos del vascongado de la costa; era audaz, irónico,

perezoso, burlón. La ligereza y el olvido constituían la base de su temperamento; no daba importancia a nada, se olvidaba de todo. Había gastado casi entero su escaso capital en sus correrías por América, de periodista en un pueblo, de negociante en otro, aquí vendiendo ganado, allá comerciando en vinos. Estuvo muchas veces a punto de hacer fortuna, lo que no consiguió por indiferencia. Era de esos hombres que se dejan llevar por los acontecimientos sin protestar nunca. Su vida, él la comparaba con la marcha de uno de esos troncos que van por el río, que, si nadie los recoge, se pierden, al fin, en el mar. (Baroja 1999d, 207-208) [el subrayado es nuestro]

¡Qué diferente la intención de Baroja a la hora de caracterizar un «vasco ibérico» como Ignacio de Loyola en 1940! Y es que la opinión del anticlerical Baroja (enfrentado a los *luis* desde muy joven) siempre se impone y termina manipulando la fenomenología étnica a su gusto e interés. En un humorístico y delicioso artículo publicado en *La Nación* el 16 de junio de 1940, «San Ignacio de Loyola y los comedores de caracoles», donde Baroja usa de antropología fenomenológica y también frazeriana (el dato de «comer caracoles»), Pío Baroja resume, frizando la setentena, años de especulación racial y de estrategia caracterológica:

Veamos *la parte étnica*. Según los antropólogos, en el país vasco hay tres tipos principales: el ibero, o berberisco, el kimri germánico centroeuropeo y el lapón (Aranzadi).

Yo creo que en Guipúzcoa, la provincia más pequeña de España, hay más tipos étnicos aun. Creo que se puede encontrar un hombre alto, moreno y fuerte; un hombre bajo, pequeño, moreno, seco y aguileño; un hombre rubio y corpulento de cabeza larga; un hombre moreno y corpulento de cabeza redonda, y ese tipo de aire lapón, de que habla Aranzadi [...]

Como suposición *un poco fantástica* podríamos admitir que ese tipo alto, moreno y fuerte sería descendiente del hombre de las cavernas del Magdaleniense, artista y poco religioso. *De esa capa podrían venir los Zurbarán y los Goya, que tienen origen vasco. El hombre pequeño, moreno, seco, que abunda más en Navarra que en el país vasco*, podría ser el capsense; este capsense, pariente del ibero o berberisco, *es un producto africano* que vino por Almería (El Algar), que trajo la civilización del cobre, que cruzó España por el lado este y subió por Francia hasta el norte de Europa. *Era una raza violenta y apasionada* que se caracterizaba en gran parte por ser comedores de caracoles. Se puede seguir todavía el rastro de los capsenses, por la afición o no afición que hay a comer caracoles. En el país vasco no hay afición por ello; donde la hay, ha habido, sin duda, una infiltración de los capsenses.

La raza capsense era una *variante de la del Mediterráneo como la de los ligures, iberos, judíos, fenicios, árabes, etc.* (Baroja 2000c, 1421) [el subrayado es nuestro]

Tras la exposición «fenomenológica» (ahora también deudora de Frazer), parece claro que un fiel lector barojiano podía suponer cuál era la raza, y por tanto el retrato del tipo, de Ignacio de Loyola. Si Zurbarán y Goya,

predilectos de Baroja, eran *chapelaundis* (artistas y poco religiosos), Ignacio de Loyola sería un capsiese más, asimilado a cualquier navarro de la Llanura o de la Ribera (raza violenta y apasionada), a cualquier barcelonés (o almeriense). En efecto, la vieja fisiognómica actualizada en antropología positiva, parece no fallar:

San Ignacio, *por su aspecto físico y por su aspecto moral, era de la raza de los capsieses.*

La razón histórica de la *furia y del tesón* de Ignacio radicaba en que el cristianismo era y es muy moderno en el país vasco. Yo afirmé esto hace años en un artículo, y me escribieron cuatro o cinco cartas irritadas algunos vascófilos clericales. Tiempo después, un historiador malogrado, creo que jesuita, García Villada, dijo lo mismo con datos históricos. Según él, en el país vasco, con relación a su cristianización, había que separar la urbe y el vico. En la urbe había comenzado el cristianismo hacia el siglo XI; en el vico, o sea, en el campo, hacia el siglo XIII o XIV. Es decir que, cuando vivió San Ignacio, el cristianismo no llevaba en el interior del país vasco arriba de doscientos o trescientos años. Esto hacía que estuviera en un período de incubación y que el santo tuviera la fe de un neófito.

La modernidad de la fe, unida *al carácter apasionado*, es lo que creo yo que da el carácter a San Ignacio. *Pequeño, viejo, raído, cojo, enfermo del hígado, en ocasiones con ocena, es decir, con un aliento pestilente, sin cultura profunda [...]* (Baroja 2000c, 1422) [la cursiva es mía]

En este artículo se manifiesta con claridad meridiana la estrategia barojiana. Se llega al exabrupto final, («el aliento pestilente, sin cultura profunda») mediante una estrategia, entre fantástica y objetiva, fundada en la clasificación étnica. El propósito no era otro que el de desacreditar un personaje antipático mediante el logro de la empatía del lector. Arte, estrategia, literatura al cabo. El propio Baroja era consciente de sus destrezas, y como buen autor moderno acude a la ironía, a esa «distancia y humorismo», como «constantes barojianas», de las que habló, con lucidez, Biruté Cipliauskaitė (249-269) hace ya cincuenta años. En este sentido, el siguiente fragmento, extraído del artículo «El ario y su cráneo», publicado en *La Nación* el 9 de octubre de 1938 y recogido un lustro más tarde en *Pequeños ensayos* (1943), es buena muestra de distancia, de humorismo, en una anécdota un sí es no es hilarante, sobre todo para el lector que haya seguido las exposiciones y argumentos de este ensayo:

Los médicos antroposociólogos serán los que preconizarán las medidas necesarias que haya que adoptar con las familias y con los individuos para hacerlos dolococéfalos, y darán su visto bueno.

A mí me lo dio el suyo hace muchos años un profesor suizo de psicología a cuya casa me llevó un amigo. El profesor era, además de psicólogo, aficionado a la fisiognomía pintoresca.

—¿Qué le parece a usted este señor? —le preguntó mi amigo, señalándome en broma.

—Hubiera pensado que era de Milán o de Turín, pero como sé que ha estado usted en España y veo que es amigo suyo, supongo que es español.

—Sí.

—¿Y qué condiciones le encuentra usted?

—Tiene algo de estrategia.

—Pues es novelista.

—También es estrategia.

—¿Y cree usted que podré hacer algo de provecho, dado el tipo de mi cabeza, en esa materia literaria? — le pregunté yo.

—Sí; es usted dolicocefalo con anchura frontal, los ojos tiran a verdes, lo que demuestra origen nórdico, y el ángulo facial es abierto. Sí; algo puede usted hacer.

Le di las gracias por el salvoconducto que me otorgaba, pero no me hice muchas ilusiones (Baroja 1999e, 208-209)

La buena literatura lo es no por parecer un repositorio de certezas sino como producto de un arte y de una estrategia acendrados. El propio Baroja hubo de confesar en el capítulo XXII de la tercera parte del cuarto tomo de sus *Memorias* que «En mí, la veracidad no es sólo un convencimiento, sino una técnica» (Baroja 1997c, 158), y en el capítulo IV del primero de aquella serie, *El escritor según él y según los críticos*, que creía «que en la mayoría de los retratos espirituales y literarios míos pasa igual que con los físicos, y que ninguno es muy auténtico» (Baroja 1997a, 147); quizá Baroja incluía entre estos su autorretrato a lápiz que, conservado en Itzea, puede contemplarse en la página 129 del precioso volumen *Memoria de Pío Baroja* (2006). Como decíamos al principio de este ensayo, el arte narrativo barojiano no es arbitrario ni descuidado; tampoco, según hemos pretendido argumentar, la construcción de tipos y personajes. Otra cosa es el fondo sentimental, el yo barojiano en cuyo universo gravitaron juicios, prejuicios y opiniones, la sustancia con la que Pío Baroja inventó y fantaseó. ¿Arbitrariedad? No, pura literatura. Opina don Pío:

—Pero un escritor no va a manejar siempre relaciones de hechos, sino también ideas, creo yo. El público es eso lo que espera [...]

—Sí, puede ser. La cuestión es que no se figure el escritor que las palabras bastan para modificar los hechos, y muchas veces así lo cree, o, por lo menos, escribe como si lo creyera. Quizá no es posible expresarse de una manera desapasionada y limpia de intenciones. Hablando de geometría o de química, puede que no trascienda la simpatía, el patriotismo, la arbitrariedad; pero en todo lo social, lo arbitrario rige.

—¿Tanto miedo tiene usted de que se note su arbitrariedad?

—Miedo, no; pero ¿para qué descubrir el flanco inútilmente? (Baroja 1997c, 344)

Bibliografía

- Ara Torralba, Juan Carlos. “Joaquín Costa, retratista ocasional. Las *Semblanzas* (1868) o la impronta de Balmes en la caracterología literaria de la segunda mitad del siglo XIX español”. *El retrato literario en el mundo hispánico*. Ed. Jesús Rubio Jiménez y José Enrique Serrano Asenjo. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018. 103-120.
- Baroja, Pío. *El escritor según él y según los críticos. Obras Completas*, volumen 1. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1997a.
- . *Familia, infancia y juventud. Obras Completas*, volumen 1. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1997b.
- . *Galería de tipos de la época. Obras Completas*, volumen 2. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1997c.
- . *La intuición y el estilo. Obras Completas*, volumen 2. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1997d.
- . *Bagatelas de otoño. Obras Completas*, volumen 2. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1997e.
- . *Con la pluma y con el sable. Obras Completas*, volumen 3. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1997f.
- . *El amor, el dandismo y la intriga. Obras Completas*, volumen 3. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1997g.
- . *El escuadrón del Brigante. Obras Completas*, volumen 3. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1997h.
- . *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox. Obras Completas*, volumen 6. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1998a.
- . *Zalacaín el aventurero. Obras Completas*, volumen 6. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1998b.
- . *El cabo de las tormentas. Obras Completas*, volumen 10. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1998c.

- . *El cura de Monleón. Obras Completas*, volumen 10. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1998d.
- . *El árbol de la ciencia. Obras Completas*, volumen 8. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1998e.
- . *Juventud, egolatría. Obras Completas*, volumen 13. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1999a.
- . *Las horas solitarias. Obras Completas*, volumen 13. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1999b.
- . *Lecochandegui, el jovial. Obras Completas*, volumen 12. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1999c.
- . *Elizabide, el Vagabundo. Obras Completas*, volumen 12. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1999d.
- . “El ario y su cráneo”. *Obras Completas*, volumen 15. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1999e.
- . *Páginas de autocrítica. Obras Completas*, volumen 16. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2000a.
- . *El País Vasco. Obras Completas*, volumen 16. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2000b.
- . “San Ignacio de Loyola y los comedores de caracoles”. *Obras Completas*, volumen 16. Ed. José-Carlos Mainer y Juan Carlos Ara Torralba. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2000c.
- . *La Guerra Civil en la frontera*. Madrid: Caro Raggio, 2005.
- . *Los caprichos de la suerte*. Madrid: Austral, 2015.
- Caro Baroja, Julio. “Elogio de don Telesforo de Aranzadi (1860-1945)”. *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 17, 1 (1961): 136-150.
- . *Historia de la fisiognómica: el rostro y el carácter*. Madrid: Istmo, 1995.
- Ciplijauskaitė, Birutė. *Baroja, un estilo*. Madrid: Ínsula, 1972.
- Díaz de Guereño, Juan Manuel. “Baroja: divagaciones sobre el arte de novelar”. *Reelección de Pío Baroja (1872-1956)*. Ed. Félix Marañón. Zarautz: Itxaropena, 1996: 76-94.
- Fernández Cifuentes, Luis. “Lecturas del cuerpo: avatares literarios de la fisiognómica”. *Le roman espagnol: entre 1880 et 1920: état des lieux*. Ed. Elisabeth Delrue. París: Indigo, 2010: 39-74.

- Gernert, Folke. *Lecturas del cuerpo. Fisiognomía y literatura en la España áurea*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2018.
- Lasagabaster Medinabeitia, Jesús María. “Estrategias narrativas en las *Memorias de un hombre de acción*”. *Mundaiz*, 56 (1998): 9-24.
- Litvak, Lily. *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*. Barcelona: Puvill, 1980.
- Mainer Baqué, José-Carlos. “La música de Baroja”. *Bulletin Hispanique*, 101, 2 (1999): 441-463.
- . *Pío Baroja*. Madrid: Taurus, 2012.
- Maristany, Luis. *El gabinete del doctor Lombroso (Delincuencia y fin de siglo en España)*. Barcelona: Anagrama, 1973.
- Memoria de Pío Baroja*. Madrid: Ministerio de Cultura, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Ayuntamiento de Madrid, 2006.
- Rivas Hernández, Ascensión. *Pío Baroja: aspectos de la técnica narrativa*. Cáceres: Universidad de Extremadura, 1998.
- . *Mujeres barojianas*. Pamplona: Ipso Ediciones, 2017.
- Sánchez-Ostiz, Miguel. *Pío Baroja, a escena*. Madrid: Espasa, 2006.
- . *Pío Baroja, a escena. Una biografía a contrapelo*. Sevilla: Renacimiento, 2021.